

FRANCISCO
J. CORNEJO

Felipe II, San Hermenegildo y la imagen de la «Sacra Monarquía»

...feliz Reynado de aquel gran Monarca D. Phelipe II. que sin embarazarse con el gobierno de dos Mundos; sin ocuparle la dirección de unas continuas Guerras; cuando más le llamaban las conquistas de Oriente y Occidente; de tal suerte velaba en las cosas al parecer pequeñas de su Reyno, como si no le pertenecieran las supremas. Era hombre nacido para todo. La Religión, el Culto, la Justicia, las materias de Estado, el decoro de la Magestad, que llevaban su principal vigilancia, daban lugar en aquel gran corazón para promover Hospitales, fomentar letras, hacer impresiones, y andar recogiendo libros, como si en el Theatro del mundo no hubiera de hacer papel más que por ellos. Ciertamente que asombra ver a un Príncipe cercado de las mayores atenciones del Estado, velar sobre el modo con que las Iglesias guardaban las Reliquias de los Santos, los cuerpos de las personas Reales, los Libros de las Bibliothecas, y después tener la dignación de llamar a su Gabinete al que encomendó la empresa, para oír la relación de su Viaje.¹

Cuando, a mediados del siglo XVIII, el P. Flórez realiza este certero retrato del segundo de los Austrias hispanos, la imagen de la monarquía española se encontraba perfectamente codificada, difundida y asimilada desde hacía ya mucho tiempo, tanto en sus manifestaciones visuales como en las literarias. Y en buena parte ello se debe a la importante labor que, directa o indirectamente, realizara el propio rey Felipe II. Entre las principales preocupaciones del monarca cita este fraile agustino su interés por «el decoro de la Magestad». En este sentido, el rey se encontró con una gran tarea

que realizar. Toda una serie de circunstancias hacían necesaria una puesta a punto de la idea y de la representación de la realeza española.

Por un lado, la nueva realidad política de la Corona: hasta fines del siglo XV existía un rey por cada una de las diferentes coronas de la península —Castilla, Aragón, Portugal, Navarra y Granada—, pero en cuestión de muy pocos años se pasó a una situación en la que un único monarca lo era de todos los reinos peninsulares, además de buena parte de los europeos y un casi inabarcable número de territorios ultramarinos. Por otra parte, una serie de avatares relacionados con la sucesión de los últimos monarcas había creado graves problemas y puesto en crisis el mecanismo que tradicionalmente garantizaba la continuidad dinástica (regencia castellana de Fernando de Aragón, «locura» de Juana de Castilla, rebelión de las Comunidades). Finalmente, la propia identidad simbólica de la monarquía se había difuminado como consecuencia de la unión de la rama hispana con la austríaca y, sobre todo bajo el reinado Carlos V, con la fusión de la titularidad de la monarquía española a la del Sacro Imperio, así como por la ausencia de una referencia espacial estable que la corte itinerante del emperador no pudo dar.

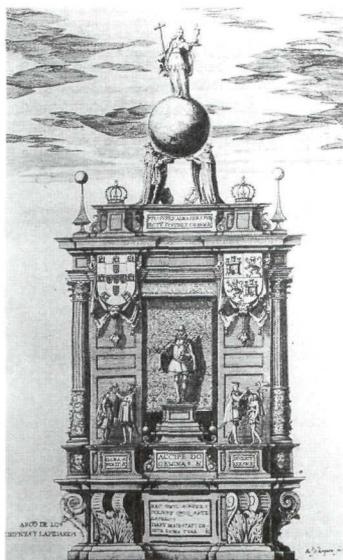
Si a esto unimos la dispersión en la que se encontraba un elemento simbólico tan importante para la imagen de la monarquía como pueda ser el de los panteones reales y la propia ausencia de una capitalidad estable del reino, comprenderemos la necesidad de volver a forjar los rasgos esenciales de la imagen simbólica de la realeza con una rotundidad acorde a la importancia política de la España del momento.

Felipe II fue consciente de esta necesidad y a lo largo de su reinado asumió personalmente la tarea de redefinición de la imagen simbólica de la monarquía hispana. La elección de Madrid como lugar de residencia permanente de la corte y la construcción del monasterio de El Escorial (centro religioso, cultural, residencia regia y panteón real), con toda la carga simbólica que ambas decisiones conllevaron, vinieron a significar la piedra angular de la nueva imagen de los reyes de España.

Las bases ideológicas sobre las que se fundaba esta nueva forma de propaganda monárquica no eran otras, en realidad, que las vinculadas con la tradicional concepción del origen divino de la monarquía o teoría «descendente» del poder, presente en la cultura occidental desde la Alta Edad Media. Esa concepción teológica de la monarquía se prolongó, con plena vigencia, tanto por parte de la rama de los Habsburgo como por las de los reinos peninsulares, hasta el reinado de Felipe II. La novedad residía en cómo fue reavivada esta vieja teoría al calor del extraordinario momento que se vivía en la España del siglo XVI y en el que, de acuerdo con la inmen-

1 Felipe II como defensor de la Religión, estampa grabada por Pedro Perret, en L. Cabrera de Córdoba, *Felipe Segundo Rey de España* (Madrid, 1619).





2 Arco que los orifices y lapidarios de Lisboa levantaron con motivo del viaje de Felipe III a Portugal, estampa grabada por Juan Schorquens, en J.B. Lavanha, *Viage de la Catholica Real Magestad del Rei Filipe III N. S. al Reino de Portugal...* (Madrid, 1622), fol. 47v.

sa cantidad de poder que acumulaba el rey de España, podía creerse sin dificultad que éste era un auténtico «Dios en la tierra».

Un aspecto fundamental al que el rey dedicó buena parte de sus energías fue a destacar el carácter de «dinastía elegida» por el Todopoderoso para reinar sobre los mortales y defender en la tierra los intereses de su religión². De la misma manera que Dios nombraba a los reyes del Antiguo Testamento para que gobernasen a su pueblo, así España —nuevo «pueblo elegido»— es regida por sus reyes que son, a su vez, los defensores y valedores del catolicismo frente a sus enemigos³.

Otro de los aspectos importantes que el rey Felipe se preocupó de destacar fue el del carácter «sacro» de la monarquía —recordemos la fórmula que se empleaba habitualmente bajo el reinado de los Austrias para dirigirse al rey: «Sacra, Católica y Real Majestad»⁴. Carácter sagrado que se le atribuía al monarca en la medida en que éste era vicario de Dios en la tierra, lo que permitía que su iconografía fuera presentada de manera similar a como se hacía con los santos e, incluso, con los dioses. Buenos ejemplos de ello encontramos en El Escorial. Los grupos escultóricos orantes del emperador Carlos y del propio Felipe II con sus respectivas familias se encuentran situados al mismo nivel que las figuras de los santos que flanquean el tabernáculo central. Como ellos dorados y entre columnas de jaspe, los personajes reales se encuentran perfectamente integrados en un espacio cargado de simbolismo celestial. También en las simbólicas alturas celestiales estaban previstos los espacios para colocar las imágenes de los futuros reyes de España: en los dieciséis altares elevados de los pilares de la iglesia y sus fronteras⁵. La situación del Panteón Real bajo el altar mayor y la naturaleza del monasterio como depósito de reliquias muestran otros aspectos de la voluntad real de reforzar los vínculos entre lo sagrado y la dinastía reinante⁶. El propio monarca sería representado a lo largo de su vida formando parte del reino celestial junto a diversos santos y personajes del Antiguo Testamento. Así sucede en la *Gloria* de Tiziano o en el *Entierro del Conde de Orgaz* de El Greco. También existen imágenes que lo representan a la manera de los santos, con elementos iconográficos propios de éstos: coronado por ángeles y pisando al dragón, o sobre pedestal, como si de un santo de retablo se tratase⁷.

Precisamente en la confluencia de estos dos intereses del rey Felipe II —la exaltación de su linaje y la sacralidad de la institución monárquica— se sitúa la figura histórica de San Hermenegildo. Éste era hijo del rey godo Leovigildo, el cual le otorgó el gobierno de la Bética, región de la que Hermenegildo se proclamó rey al rebelarse contra su padre aduciendo motivos religiosos —Leovigildo era arriano y su hijo seguidor de la ortodoxia romana;

finalmente fue derrotado, puesto en prisión y ejecutado en el año 585⁸. La versión que de la historia y muerte de Hermenegildo realizara el papa San Gregorio Magno, presentándolo como mártir de la fe, fue recogida por diversos martirologios y trajo consigo su consideración como santo⁹. En la España medieval se le rendía culto regularmente en ciudades como el Toledo preislámico, Sevilla, Zaragoza, Santiago, Ávila, Salamanca, Plasencia y otras¹⁰.

No creemos que sea casual el interés que Felipe II se tomó por tan ilustre, aunque remoto, pariente. En primer lugar, porque San Hermenegildo constituía el importante hito de ser el «Primer Blasón Católico» de la monarquía española, ya que su martirio en defensa del catolicismo fue considerado como la causa que movió a su hermano Recaredo a renegar del arrianismo, convirtiéndolo así en «dignísimo principio, y cabeza del linaje Real de España, por haber sido tan Cathólico y Religioso restaurador de la Fe Cathólica en sus Godos»¹¹. El santo príncipe Hermenegildo, por tanto, con su conversión y posterior sacrificio, fue el iniciador del carácter «católico» de la monarquía española, la cual «ha permanecido en la Fe de la Iglesia de España, sin haber faltado un punto en ella y en sus reyes, desde la general conversión de los Godos, ni en la obediencia que se debe a la santa Iglesia Romana...»¹².

Por todo ello, las actividades que Felipe II emprendiese para la difusión del propio santo habían de repercutir directamente en la glorificación de su propia dinastía y, por supuesto, en su propia imagen de Rey Católico.

Otro aspecto por el que convenía vincular la monarquía filipina con el santo príncipe goda era el relacionado con el *topos* de la unidad gótica de España. Al aparato de poder monárquico le interesaba especialmente presentar a la recién conseguida unidad política peninsular como heredera directa y natural de aquella otra que se diera bajo el reinado de los godos. De ahí el interés por reavivar todo aquello que tuviese relación con el precedente histórico de la Hispania visigótica. Fruto de este interés fue la contribución del cronista real Ambrosio de Morales a la *Crónica General de España*, iniciada por Florián de Ocampo, con sus estudios correspondientes al periodo visigótico. Otros historiadores contemporáneos como Antonio de Herrera y Tordesillas también dedicaron sus esfuerzos a la difusión de este momento de la historia peninsular¹³. Estos trabajos sentaron las bases para la interpretación histórica de esta época, incluido el episodio entre Leovigildo y su hijo Hermenegildo, y tuvieron su reflejo en diversas manifestaciones artísticas que hasta finales del siglo XVII difundieron la idea de una «España visigoda» precursora de la unidad territorial peninsular conseguida bajo la monarquía de los Austrias¹⁴.



3 *Ambrosio de Morales*, en *Viaje de Ambrosio de Morales*. (1ª ed., por el P. Flórez, Madrid, 1765).

El rey Felipe fue responsable directo del auge propagandístico que durante la segunda mitad del siglo XVI alcanzó la figura de San Hermenegildo; para ello contó con la inestimable colaboración del auténtico creador intelectual de la nueva imagen del santo: Ambrosio de Morales (1513-1591), su cronista, delegado y asesor en temas tan próximos al asunto que nos ocupa como el de los enterramientos reales o las reliquias de los santos¹⁵. Este interesante personaje se confiesa devoto de San Hermenegildo desde que en su juventud, y gracias a la que consideró intercesión del santo, se salvó de morir ahogado en el mar. A partir de este momento el historiador cordobés dedicaría buena parte de sus esfuerzos, e incluso de su dinero, a difundir e intentar perpetuar el culto al santo mártir. Hemos de suponer, en consecuencia, que la devoción regia se vio complementada con el profundo conocimiento histórico que su cronista pudo aportarle sobre la figura del santo, pero también, que en el fervor de Morales por el santo mártir participase el deseo de satisfacer a su rey propagando el concepto de «Sacra Monarquía».

Ya en 1569, Ambrosio de Morales confiesa que está escribiendo el martirio de San Hermenegildo, un poema latino en «verso heroyco» compuesto por más de setecientos versos hexámetros, obra que finalizó en 1576 y que ya estaba impresa en abril de 1577. Sobre los hechos históricos relativos al santo trató detalladamente en la *Crónica General de España* (tomo II, libro XI), publicada en 1574. En esta magna obra se ocupó, precisamente, de la época de la «España» goda. Aunque, eso sí, sin recoger las visiones críticas de los cronistas contemporáneos al rey goda: San Isidoro de Sevilla, Juan de Biclario o Gregorio de Tours, que condenan abiertamente su rebelión contra Leovigildo.

Junto a esta importante tarea de difusión literaria de la historia —depurada— del santo-rey, el cronista de su majestad desempeñó un destacado papel en el reavivamiento de su culto. En 1569, un año antes de la visita de Felipe II a Sevilla, promueve el adentamiento de la torre de las murallas —islámicas— sevillanas en la que la tradición situaba el lugar del cautiverio y martirio de San Hermenegildo¹⁶. Y en 1583 pagará de su propio bolsillo el adorno de dicho lugar, tal como se recoge en la documentación conservada¹⁷. Podemos adivinar también su influencia en el intento de crear una «nueva Cofradía caballerosa» de San Hermenegildo que en 1573 protagonizó su amigo el erudito D. Gonzalo Argote de Molina —al que Morales hizo en vida heredero de sus papeles y libros— junto a un importante grupo de nobles sevillanos¹⁸.

Cuando en 1570 Felipe II visitó Sevilla pudo comprobar hasta qué punto la ciudad rendía culto a su santo patrón San Hermenegildo. Ya en su es-

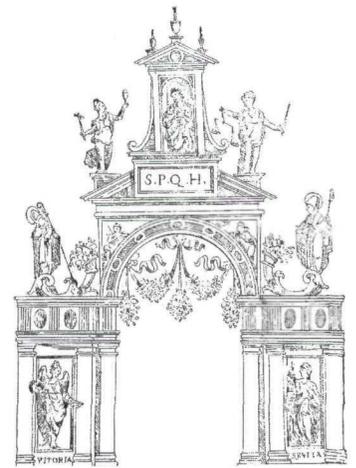
tancia de tres días en la Cartuja de Santa María de las Cuevas tendría la ocasión de contemplar las pinturas murales que presidían la hoy llamada capilla de la Magdalena, en las que el santo rey aparecía flanqueado por San Isidoro y San Leandro¹⁹. En el segundo arco triunfal levantado por la ciudad en la Puerta de Goles, según programa iconográfico de Juan de Mal Lara, pudo ver lo siguiente:

En las enjutas del arco hacia el campo, había dos figuras de bronce, la una el Santo Hermenegildo Mártir, Rey de España, con la cabeza partida con un hacha y sus rayos de la gloria que tenía, puestas las manos hacia el cielo, y una palabra que decía: PERFICE. De la otra banda estaba el rey católico Recaredo, su hermano, mirando atentamente con mucha piedad, y otra palabra que decía: AUDIO. Significan ambas el principio que dio el santo hermano mártir contra los arrianos, y le dice «Acábalo», y el fin que dio Recaredo a la mala secta, respondiendo «óyolo».²⁰

En la catedral sevillana, de entre las abundantes representaciones del santo en retablos, esculturas y vidrieras, pudo admirar aquella representación de la escena de su martirio que Luis de Vargas pintara en la fachada norte de la Giralda pocos años antes (1565-1566) y que tanta influencia tuvo en la posterior iconografía de dicha escena²¹.

Pero además en la ciudad existían en esta época otras instituciones dedicadas al culto o bajo la advocación de San Hermenegildo. Aparte de la hermandad o cofradía que, desde la conquista de Sevilla en 1248, tenía su sede en la pequeña capilla de la torre de la Puerta de Córdoba (considerada como la de su martirio), estaba el Hospital de San Hermenegildo, vulgo del Cardenal, fundado en el siglo XV por el cardenal Cervantes, igualmente fundador de la capilla dedicada al mismo santo de la catedral sevillana.

Mayor transcendencia tuvo el colegio de los jesuitas sevillanos, también bajo la advocación del santo rey y para cuyo retablo mayor pintaría Herrera el Viejo su imponente *Apoteosis de San Hermenegildo* (h. 1622). La recientemente creada orden religiosa centró buena parte de su actividad en la labor educativa, lo que a la postre le permitió ganar el apoyo de las personalidades e instituciones más poderosas de la ciudad. De tal manera que, en el breve espacio de algunas décadas, llegó a convertirse en una de las organizaciones religiosas más ricas e influyentes, sobre todo en lo que al ámbito cultural y artístico se refiere. Es natural que una institución como la Compañía, que se caracterizó por la utilización del teatro en sus colegios como método pedagógico (pero también como instrumento propagandístico de su ideología, puesto que las representaciones eran abiertas a la ciudad) cele-



4 Segundo arco triunfal para la entrada en Sevilla de Felipe II, en el Recibimiento... de Juan de Mal Lara (Sevilla, 1570).



5 *El martirio de San Hermenegildo*. Detalle de la representación de la Giralda con las pinturas murales de Luis de Vargas en el lienzo *Las santas Justa y Rufina*, de Miguel de Esquivel. Sevilla, Catedral.

brara la llegada del rey Felipe II a Sevilla con una representación teatral laudatoria, *In adventu Regis*, escrita especialmente para la ocasión por el P. Acevedo²². Los protagonistas de esta interesante pieza son la Buena Esperanza y Deseoso, que a través de su diálogo en cinco actos muestran la victoria de un belicoso Felipe II —encarnado en las alegorías de la Némesis o venganza divina, la Majestad y el Amor— sobre la Herejía y el Mahometanismo. Destaca la celebración final con un «Triunfo» a lo romano, con su desfile musical con estandartes, portadores de haces, coronas de laurel y las alegorías reales llevando prisioneras a sus enemigas (fols. 53r-53v y 55v-57r). El contenido está claramente relacionado con los acontecimientos que ocasionaron la venida del rey a Andalucía: la sublevación de los moriscos granadinos. También se recogen con detalle noticias de las últimas reliquias conseguidas para la colección real (fols. 57r-58r), así como tampoco falta la habitual comparación del rey Felipe con personajes del Antiguo Testamento (fol. 58r). El mismo año de 1570 se representó en el interior de la catedral una «Tragedia de San Hermenegildo» que parece pudo ser escrita por el ya citado Juan de Mal Lara²³.

Mucha mayor transcendencia tendría la representación de la *Tragedia de San Hermenegildo* de los jesuitas Hernando de Ávila y Melchor de la Cerda, así como del poeta sevillano D. Juan de Arguijo, que se representó en enero de 1591. El motivo de tal representación era agradecer al Cabildo Municipal el haber financiado la construcción de un nuevo edificio para el colegio de San Hermenegildo, cuya inauguración se quiso celebrar de esta lúdica manera. La categoría literaria de esta pieza teatral y, como consecuencia de ella, la gran difusión que alcanzó entre los numerosos colegios jesuitas de otras ciudades y países contribuyeron como ningún otro medio a la extensión del conocimiento y culto al santo-rey español. Si a ello unimos el hecho de que esta obra inspiró, directa o indirectamente, varias comedias de santos y autos sacramentales que se representaron con frecuencia hasta el siglo XVIII y que incluso influyó en la iconografía de algunas realizaciones pictóricas de su época, nos podremos hacer una idea de hasta qué punto los jesuitas sevillanos colaboraron con las intenciones del rey Felipe de exaltación de su doblemente «sacro» antepasado²⁴.

Ocho años después de su visita a Sevilla, Felipe II tuvo otro buen motivo para incrementar su devoción particular hacia el santo rey godo: recién pasada la medianoche del día 13 de abril de 1578 —día en que era celebrada la festividad de San Hermenegildo por considerarse que su martirio tuvo lugar en dicha fecha— nació su hijo, el futuro rey Felipe III, al que se le pondría el nombre de Felipe Hermenegildo. Este hecho casual incrementó poderosamente el interés del rey por todo lo concerniente al santo; algo ló-



6 Ilustración de portada del manuscrito *Cédula de Felipe II sobre la jurisdicción y alcabalas de varias villas de la «tierra» de Sevilla* (Madrid, 4 de agosto de 1570). Sevilla, Archivo Municipal.

gico teniendo en cuenta la importancia que Felipe II concedía a lo astrológico, lo mágico y lo simbólico.

Dos fueron las principales consecuencias de este interés: el traslado de la cabeza del santo desde el monasterio de Sigüenza, lugar en el que se la veneraba desde hacía siglos, a la colección de reliquias de El Escorial en el año de 1585; y, en segundo lugar, las gestiones directas que realizó ante el papa Sixto V, fruto de las cuales se autorizó la extensión del culto a San Hermenegildo a toda España²⁵. El presbítero Alonso de Morgado nos sintetiza los hechos en una sustanciosa narración en la que no se olvida de subrayar el interés del rey por su «ínclito linage» y por la acumulación de reliquias en el «insigne Relicario de San Lorenzo el Real del Escorial»:

En la jornada de las cortes de Monçon por el año pasado de mil y quinientos ochenta y cinco tuvo la Católica y real Majestad del Rey Don Phelipe nuestro señor entera noticia desta célebre Reliquia del Sancto Príncipe. Y como quiera, que San Hermenegildo es uno de los de aquel ínclito linage, y familia esclarecida, de donde su Magestad trae su Real decendencia, de tal manera fervió luego la parienta, y clarísima sangre en el religiosísimo pecho de un Príncipe tan sumamente Chathólico, que sin otra dilación procuró, aver en su poder la Sancta Cabeça por el orden, que declara esta Carta, que su Magestad escribió al Convento de Sixena... (...) «EL REY/ Reverendo in Christo Padre Obispo de Vich del mi Consejo, muy bien vino la Cabeça del glorioso San Hermenegildo, oy la he visto, y se me ha renovado la devoción, que le tenía, y el contentamiento de que haya venido, a mi poder Reliquia de tan grande estima. Y assí por la parte, que vos habéis sido para ello, os doy de nuevo las gracias. Y fue muy bien averme embiado la arquilla, en que estava encerrada, y advertirme, lo que dezis de las Reliquias, que ay en Valencia, que en todo veo la voluntad, que tenéis a mi servicio, de que yo estoy muy satisfecho. De tortosa veynte y uno de Diciembre de mil y quinientos y ochenta y cinco. YO EL REY». Y para el Sancto Pundonor del Monasterio de Sixena, y consuelo espiritual de sus religiosas, que entrañablemente lo suplicaron, y pidieron de merced, les mandó su Magestad un poco, que se cortó de la Cabeça en una Caxita de Plata entre Algodones en un Tafetán negro. (...) La Sancta cabeça puso su Cathólica Real Magestad en el insigne Relicario de San Lorenzo el Real del Escorial, donde se venera con las demás notables reliquias de aquel Sacro, y Real Convento de la Orden del glorioso San Hierónimo. Impetrando luego letras Apostólicas, para que en toda España se reze en su día, a treze de Abril, con oficio doble, lo que antes se hacía en sola Sevilla, por ser Patrono suyo.²⁶

En la relación que hace el P. Sigüenza de las reliquias del Monasterio dice lo siguiente:



7 Francisco de Herrera el Mozo, *El triunfo de San Hermenegildo*. 3,28 x 2,29. Madrid, Museo del Prado.

Tras ella [la reliquia de San Lorenzo, titular del Monasterio] pongamos luego la que ninguna duda tiene, digna de que se le fundase una iglesia, la del valeroso Rey y mártir San Hermenegildo, martirizado por su padre, que no pedía menor tirano ni verdugo tan ilustre mártir. Esta se puso en un riquísimo cofre que ofreció la señora Infanta doña Isabel Eugenia Clara a su padre, el Rey don Felipe II, que no se pudo emplear mejor.²⁷

Las reliquias de San Hermenegildo tuvieron pues una especial relevancia en la colección que de ellas reuniría el monarca a lo largo de su vida (se estima que fueron 7.500, guardadas en 507 relicarios diseñados por Juan de Herrera y Juan de Arfe en su mayoría) y en la que, según el P. Sigüenza, únicamente faltaban las de tres santos: San José, San Juan Evangelista y Santiago el Mayor²⁸. No faltaba, sin embargo, la reliquia del emperador Carlomagno, ilustre antepasado real por parte de la rama austríaca que también llegó a ser considerado como santo²⁹.

Los efectos de la preocupación del rey por el culto a San Hermenegildo se hicieron notar rápidamente, como podemos comprobar por la inmediata construcción en Madrid de la iglesia de su advocación, que contó con la colaboración económica del propio Felipe II, así como de su sucesor Felipe III³⁰. Una iglesia, de la orden de los Carmelitas Descalzos, que fue importante para la pintura española por ser la que encargó para su retablo mayor el famoso lienzo del *Triunfo de San Hermenegildo* (1654) a Francisco Herrera el Mozo³¹.

Para terminar, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que Felipe II fue el auténtico promotor del reavivamiento del culto y difusión de la figura de San Hermenegildo en la segunda mitad del siglo XVI, movido, básicamente, por el interés que demostró a lo largo de su reinado en dar lustre a las concepciones medievales de «linaje elegido» y de monarquía de origen divino.

Para esta labor contó, como ya vimos, con un cualificado grupo de colaboradores, más o menos directos. Importantísima fue la contribución de su cronista Ambrosio de Morales, que además de fijar oficialmente la versión histórica del personaje de acuerdo con los intereses regios, es decir, convirtiendo el alzamiento político de Hermenegildo contra su padre (el legítimo rey) en una lucha religiosa contra la herejía, favoreció personalmente el culto del santo. Por otra parte, los jesuitas, a partir de su núcleo sevillano, también participaron del fomento de su devoción, extendiéndola por toda la Cristiandad a través de ese importante instrumento que fue el teatro, tan influyente en nuestro Siglo de Oro. Otro colectivo que realizó singulares aportaciones en esta tarea fue el de la intelectualidad sevillana de la época: ya hemos nombrado a Juan de Mal Lara y Juan de Arguijo, pero también podemos añadir otros nombres ilustres como el del «divino» Herrera, autor de un poema latino al santo, o el del erudito y gran poeta latino el canónigo Pacheco, que escribió los himnos sacros que se le cantaban al santo durante su liturgia.

Y todo ello a mayor gloria del santo Hermenegildo, considerado a partir de entonces «el celaje del alva de la Monarquía Española, y el rubí más ilustre que hoy resplandece en las Diademas de sus Reyes...»³².

No es de extrañar, por tanto, que en el imponente y polémico túmulo que Sevilla levantó para las exequias del rey, hace ya cuatrocientos años, se incluyese un altar dedicado a San Hermenegildo, en el que junto a su imagen pintada se podían leer unas palabras de agradecimiento que el santo dirigía a Felipe II: «Hermenegildo Rey, confiesa deber al Rey de su nación y familia, honra de quien mucho ha recibido, y así le procura divino auxilio en sus exequias, y le ofrece corona con gloria»³³.

FRANCISCO J. CORNEJO es doctor en Historia del Arte por la Universidad de Sevilla, donde imparte clases además de en la enseñanza media. Sus estudios se centran en la pintura y el teatro de la Sevilla del Siglo de Oro, así como en la propaganda ideológica bajo la monarquía de los Austrias. Es autor de diversos artículos publicados en revistas especializadas.

- 1 Introducción del P. Flórez a: A. DE MORALES, *Viage de... por orden del Rey D. Felipe II. a los Reynos de León, y Galicia, y Principado de Asturias. Para reconocer las Reliquias de Santos, Sepuleros Reales, y Libros manuscritos de las Cathedralas, y Monasterios. Dale a la luz con notas, con la vida del autor, y con su retrato, el Rmo. P. Mto. Fr. Henrique Florez, del Orden del Gran Padre S. Agustín*, Madrid, 1765.
- 2 Sobre la imagen sacralizadora del «linaje elegido» en la Edad Media española, véase: J.M. NIETO SORIA, *Fundamentos ideológicos del poder real en Castilla (siglos XII-XVI)*, Madrid, 1988.
- 3 Ya anteriormente se había relacionado la figura de Carlos V con los reyes bíblicos, principalmente David y Salomón; véase F. CHECA CREMADES, *Carlos V y la imagen del héroe en el Renacimiento*, Madrid, 1987. En general, sobre la imagen de Felipe II y sobre sus empresas artísticas, véase la exhaustiva monografía del mismo autor, *Felipe II Mecenas de las Artes*, Madrid, 1992.
- 4 Sobre la «Sacra Majestad» y el *Rex Catholicus*, véase P. FERNÁNDEZ ALBADALEJO, *Fragmentos de monarquía*, Madrid, 1992, pp. 67-72.
- 5 J. DE SIGÜENZA, *La fundación del Monasterio de El Escorial*, Madrid, 1986, pp. 307-308 y 341-345.
- 6 J. VARELA, *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la monarquía española (1500-1885)*, Madrid, 1990, p. 25.
- 7 De la primera manera aparece en un lienzo anónimo del Museum der Stadt Linz (Inv. Nr. 11.004). Como un auténtico santo de retablo se le puede ver en la estampa de Juan Schorquens que representa el Arco de los orífices y lapidarios para la entrada de Felipe III en Lisboa (J.B. LAVANHA, *Viage de la Catholica Real Magestad del Rei Filipe III N. S. al Reino de Portugal...*, Madrid, 1622, fol. 47v); citado en AA. VV., *Los Austrias. Grabados de la Biblioteca Nacional*, Madrid, 1993, pp. 222-223.
- 8 L.A. GARCÍA MORENO, «Las invasiones y la época visigoda. Reinos cristianos y condados cristianos», en *Romanismo y germanismo. El despertar de los pueblos hispanos (siglos IV-X)*, Historia de España (dir. M. Tuñón de Lara), II, Barcelona, 1981, pp. 307-325.
- 9 S. GREGORIO MAGNO, *Diálogos*, libro 3, cap. 31. Citado según el *Breviario Romano*, s. a.
- 10 Cfr.: A. DE QUINTANADUEÑAS, *Santos de la ciudad de Sevilla y su arzobispado: Fiestas que su Santa Iglesia Metropolitana celebra*, Sevilla, 1637, pp. 130-132.
- 11 G. LÓPEZ MADERA, *Excelencias de la Monarquía y Reyno de España*, Madrid, 1597, fol. 32v.
- 12 *Ibidem*, fol. 46r.
- 13 A. DE HERRERA Y TORDESILLAS: «Discurso, Relación y Tractado de la introducción del Reyno de los Godos en España, de la Unción, Coronación y elección de los Reyes de Castilla y de León, y sucesión hereditaria, del Juramento y origen del nombre de Infantes y de Príncipe», en *Primera parte de las varias Epístolas, Discursos y Tractados de Antonio de Herrera...*, Biblioteca Nacional, Madrid, ms. 3011.
- 14 Por lo que se refiere a la pintura, destaca la serie de reyes godos realizadas para el Palacio del Buen Retiro madrileño

- en torno a 1635; cfr. E. TORMO: *Las viejas series icónicas de los reyes de España*, Madrid, 1916, pp. 117-128. En cuanto al teatro, son frecuentes las representaciones de comedias, autos o danzas que tratan del rey Wamba, de Don Rodrigo o del propio príncipe Hermenegildo, desde la época de Lope de Vega (fines del siglo XVI) hasta la de Calderón (fines del XVII).
- 15 Entre junio de 1572 y febrero de 1573 realizó el viaje a los reinos de León, Galicia y al Principado de Asturias por orden de Felipe II con el objeto de recopilar información sobre los temas muy vinculados al «decoro de la Magestad»: las reliquias de santos, los sepulcros de sus antepasados reales y los libros y manuscritos de catedrales y monasterios. El relato del viaje fue publicado por el agustino P. Flórez en 1765. Cfr. MORALES, *op. cit.* (nota 1).
- 16 «(1569) 4. El venerable santuario de la cárcel en que nuestro Rey San Hermenegildo estuvo preso, y padeció martirio por mandado de su padre el año de 584... no estaba con todo en aquella decencia que le era debida hasta este año, en que traxo Dios a reconocerla la piedad y devoción del Maestro y Cronista Ambrosio de Morales, y excitó la de Francisco Guerrero, Maestro de fabricar armas, que reparó a su costa la torre, y le labró la entrada y subida con mucho adorno, reduciendo a capilla el cubo en que está la estrecha cárcel, en cuya renovación se halló y dixo Misa el Maestro Ambrosio de Morales: y a la parte exterior de la muralla hizo poner este letrero: HERMENEGILDI ALMO SACRVM. SANGVINE REGIS. SUPLEX QVI TRANSIS. HVNC VENERARE LOCVM. 'O tú qualquiera que pasa, venera rendido este lugar consagrado con la sangre santa del Rey Hermenegildo'» (ORTIZ DE ZÚÑIGA, *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Madrid, 1796, t. IV, lib. XV, pp. 45-46). Frente a la tradición que sitúa en Sevilla la muerte de Hermenegildo —basada exclusivamente en el texto de San Gregorio Magno—, está la afirmación del de Biclario —al parecer, más fiable— de que murió en Tarragona a manos de un tal Sisberto, versión que no acepta Ambrosio de Morales.
- 17 En C. LÓPEZ MARTÍNEZ, *Desde Jerónimo Hernández hasta Martínez Montañés*, Sevilla, 1929, p. 199.
- 18 ORTIZ DE ZÚÑIGA, *op. cit.* (nota 16), p. 62.
- 19 J. DE PINEDA, *Memorial de la excelente santidad y heroycas virtudes del Señor Rey Don Fernando, Tercero deste nombre, primero de Castilla y León...*, Sevilla, 1627, p. 183.
- 20 J. DE MAL LARA, *Recibimiento que hizo la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla a la C. R. M. del rey D. Felipe N.S.*, ed. M. Bernal Rodríguez, Sevilla, 1992, p. 194.
- 21 Principalmente en cuadros como *El Tránsito de San Hermenegildo* (1603) de Alonso Vázquez y Juan de Uceda y el del mismo tema del Maestro de San Hermenegildo, en la iglesia sevillana del mismo nombre.
- 22 Éste se conserva en la Real Academia de la Historia de Madrid, Colección de Cortes 9-2564, ms. 383, fols. 41r-58r.
- 23 J. SÁNCHEZ ARJONA, *El teatro en Sevilla en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1887, pp. 205-207.
- 24 Sobre las numerosas representaciones que de la *Tragedia...* se realizaron en Francia, Italia, Austria y Alemania, véase J. ALONSO ASENJO, *La Tragedia de San Hermenegildo y otras obras del Teatro Español de Colegio*, Valencia, 1995, t. I, pp. 475-476. Han llegado hasta nosotros tres comedias de santos que tratan el tema: una atribuida a Lope de Vega (*La Mayor Corona*) y las otras de Fernando de Zárate (*Mártir y Rey de Sevilla*) y de Claudio de la Hoz y Mota (*El Primer Blasón de España*); también un auto sacramental de Sor Juana Inés de la Cruz (*El Mártir del Sacramento*). Otras noticias nos informan de la representación en Sevilla de autos sobre San Hermenegildo en 1577, por la compañía del autor Francisco López, y 1645, del dramaturgo Cristóbal de Monroy. En cuanto a la influencia de la *Tragedia...* en la pintura de Alonso Vázquez y Juan de Uceda *El Tránsito de San Hermenegildo*, realizada para el hospital del mismo nombre, cfr. A. GARZÓN-BLANCO, «La *Tragedia de San Hermenegildo* en el teatro y en el arte», en *Estudios sobre literatura y arte. Dedicados al profesor Emilio Orozco Díaz*, vol. II, Granada, 1979, pp. 91-109.
- 25 «Y en todas las Iglesias de España se celebra su fiesta por Bula de Sixto V. expedida el año de 1586. a instancia de Filipo II. devotíssimo deste Santo, en cuyo día le concedió el cielo a su hijo Filipo III.» (QUINTANADUEÑAS, *op. cit.* [nota 10], p. 132). La generalización de su culto a todo el orbe no llegaría hasta que fuese autorizada por el papa Urbano VIII a instancias de Felipe IV.
- 26 A. DE MORGADO, *Historia de Sevilla, en la qual se contienen sus antigüedades, grandezas, y cosas memorables en ella acontecidas, desde su fundación hasta nuestros tiempos*, Sevilla, 1587; ed. facsímil, introducción de F. MORALES PADRÓN, Sevilla, 1981, pp. 115v-116r.
- 27 SIGÜENZA, *op. cit.* (nota 5), p. 361.
- 28 C. VON DER OSTEN SACKEN, *El Escorial. Estudio iconológico*, Madrid, 1984, pp. 40-42.
- 29 Realizada su canonización bajo el antipapa Pascual III resultaría finalmente nula, aunque la Iglesia haya tolerado su culto local. Sobre este tema y, en general, sobre la importancia que las diferentes dinastías europeas dieron a tener reyes santos entre sus antepasados, cfr. M. GARCÍA-PELAYO, «El reino de Dios, arquetipo político. Estudios sobre las fases políticas de la Alta Edad Media», en *Los mitos políticos*, Madrid, 1981, pp. 262-265, así como E.H. KANTOROWICZ, *Los dos cuerpos del Rey. Un estudio de teología política medieval*, Madrid, 1985.
- 30 «En Madrid también se goza la memoria de San Hermenegildo con Iglesia dedicada a su nombre, esta es la de los Padres Carmelitas Descalzos. Dio licencia para la Fundación el Cardenal Don Gaspar de Quiroga, Arçobispo de Toledo en 25. de Enero de 1586. siendo Provincial Fray Nicolás de Jesús María... Ayudaron con sus reales limosnas los Reyes Felipe II. y III. para su fábrica. Trasládose a ella después el Santíssimo Sacramento por Setiembre de 1605» (M. LÓPEZ PONCE DE SALAS, *Vida de San Hermenegildo, Rey, y Martyr de España; grano fecundo, que con su muerte aumentó en estos Reynos la mejor cosecha*, Madrid, 1680, pp. 188-189).
- 31 Actualmente en el Museo del Prado, núm. 833.
- 32 LÓPEZ PONCE DE SALAS, *op. cit.* (nota 30), p. 158.
- 33 F. GERÓNIMO COLLADO, *Descripción del túmulo y relación de las exequias que hizo la ciudad de Sevilla en la muerte del rey Don Felipe II por el licenciado...*, Sevilla, 1869, p. 54. El texto latino decía: «GENTILI REGI, REX HERMENEGILDUS HONOREM, DE SE PRAECLARE MERITO, DEBERE, FATETUR: EXEQUIIS ERGO PRAESENS PRAESENTIUS OFFERT NUMINIS AUXILIUM, ET MERITAM PRO LAUDE CORONAM».



1 Juan Pantoja de la Cruz, *Philip III*. 2,04 x 1,22. Madrid, Museo del Prado.